

MONÓLOGO REAL
(De la voz interna de Juana, de Rafael Alcalá)

Antonio Aguilar

El acercamiento al personaje de Juana I de Castilla, doña Juana la Loca, es quizás uno de los más difíciles y arriesgados para cualquier autor. La desdichada reina castellana reúne todos los ingredientes dramáticos para ser convertida en un lúcido personaje literario: el amor desmedido (y no exactamente correspondido), los celos patológicos, las conspiraciones



políticas, la traición del padre y del hijo, la infame reclusión en vida... Por ello, a la fascinación ejercida por doña Juana han sucumbido escritores como Pérez Galdós (teatro), Federico García Lorca (poesía) o Gioconda Belli (novela); cineastas de la talla de Juan de Orduña y Vicente Aranda; y le han prestado cuerpo y voz algunas de las más conocidas y reputadas actrices de cine, teatro y/o televisión: Margarita Xirgu, Aurora Bautista, la saga de los Gutiérrez Caba (Irene, Julia e Irene Escolar), Concha Velasco, la más joven, Pilar López de Ayala. En la memoria de la primera y segunda generación de posguerra todavía

permanece vivo el rostro y la interpretación (tan hermosa, histriónica y exagerada) de Aurora Bautista en aquella célebre película melodramáticamente titulada *Locura de amor*.

Tal y como se ha podido ver reflejado, a pesar del enorme interés suscitado por el personaje de la reina Juana en el cine y el teatro, ha sido mucho menor la acogida en otros géneros literarios. Aunque la novela histórica tiene un gran predicamento comercial y muchísimos lectores,

solo la poeta nicaragüense Gioconda Belli (que ve en doña Juana una mujer maltratada por los hombres y la historia) se ha atrevido a convertirla en protagonista de una de sus novelas: *El pergamino de la seducción* (2005). El acercamiento desde la poesía (si exceptuamos la elegía que le dedicó un jovencísimo Federico en 1919) ha sido aún más escaso, apenas algún breve poema dramático (caso del poeta malagueño Francisco Peralto).

Es por ello el interés con que puede recibirse el último poemario de Rafael Alcalá, *De la voz interna de Juana*, un extenso texto lírico-narrativo que funciona antes como monólogo interior (o prosopopeya, en palabras de su prologuista, el profesor Antonio García Velasco) que como poema lírico. Aunque no por ello falten felices momentos de intensidad poética: así, la manera de condensar en una sola metáfora el dolor producido por la soledad y el largo encierro: ““Los días son puñales / que traspasan el alma sin descanso”.

El poema está dividido en dos partes de desigual longitud, “Introducción de Juana” (estrofas 1-5) e “Inurit amore vestro anima mea” (estrofas 6-45), aunque ambas se correspondan con la misma y única voz: la de la reina Juana. Pero si la primera parte tiende a la introspección psicológica, la segunda, que hace un extenso recorrido por los principales acontecimientos históricos vividos por doña Juana (y, de paso, un duro retrato de los tres personajes masculinos principales, el padre, el hijo y el esposo), resulta épico-narrativa. La madre, la reina Isabel, sin embargo (situada en segundo plano), es tratada con sumo respeto y cariño: “Siempre supe los dones de mi madre. / Siempre supe que ella velaría / por el gobierno del Reino”.

El texto comienza “En Tordesillas, / a principios de marzo de 1509”, cuando doña Juana, ya reina de Castilla y viuda de Felipe, es encerrada por primera vez, y termina cuatro décadas más tarde, el 12 de abril de 1555, día de su muerte, “Este es el último día de mi locura”.

A través de la voz de doña Juana asistimos no solo al desamparo de una mujer engañada y traicionada por sus más íntimos, sino también a un momento crucial de la historia moderna de España: la unión de los distintos reinos ibéricos en una sola persona.

Pero antes, en las primeras cinco estrofas, doña Juana va a volcar todo su amor por Felipe (tan exclusivo como enfermizo, y quizás el viento que atizó el fuego de su locura) en versos de formato tan libre como apasionados: “No estás fuera de mí, sino en mí misma. / Estás en todo mi ser: en mis pechos, / en mi vacío vientre, / en el troquel sin vida de mi cuerpo, / en todo lo que es la reina Juana, / que no desea castillos / ni cortes palatinas, / ni súbditos sumisos y farsantes (...) Sólo tú, amor mío, mi corazón llenaste / con todos los tesoros que habitan en el mundo”.

Tras esta primera parte (y de forma muy cinematográfica) el poema se vale de la eficacia del *flashback* (o analepsis, en términos literarios) para retomar la historia desde el principio: el viaje de Juana a Flandes, con

apenas 17 años, para reunirse con Felipe, su futuro esposo; la poca prisa del príncipe por conocer a Juana en persona; la locura y el deseo desmedido que prende en ambos cuando al fin tiene lugar el encuentro: “En éxtasis se convierte mi furia, / mi ansiedad, en delirio, / en júbilo, mi enojo. / Vuela mi corazón como un potro de fuego: / su mirada posee / la misma vehemencia que la mía”.

Luego, tras el desgarramiento de los primeros desengaños, el texto (los recuerdos de Juana en forma de monólogo dramático) se va convirtiendo poco a poco en poesía narrativa e histórica: así, se suceden los relatos del regreso de Juana a Castilla, la muerte de la madre, su nombramiento como reina, la muerte de Felipe, la traición del padre y del hijo, la dureza del encierro, la visita de los Comuneros, la dolorosa partida de la hija Catalina para casarse..., y luego, el olvido.

No faltan, sin embargo, los momentos más íntimos y personales, aquellos en que vuelve a predominar el sufrimiento amoroso: “No puedo soportar mis días sin Felipe, / porque él es mi vida, razón de mi existencia, / la fiebre donde nace mi delirio”. La voz poética es consciente, sin embargo, del origen de todos sus males: “Es Felipe el azote de mis desgracias todas. / Pero no ha de importarme, mi amor no tiene límites”

Cuando ya el recuerdo del esposo no es más que una nebulosa asentada en el costado, llega la dolorosa aceptación, “Asumo mi pecado: he dado más amor del que he recibido”, y su fatal desenlace, “Ha llegado mi hora, la hora del silencio”.

En fin, un poema lírico-narrativo que funciona como monólogo interior y que nos hace pensar en que quizás, como avanzaba Pleberio tras la muerte de Melibea (*La Celestina* se publicó en 1499), el amor no sea ni bueno, ni noble ni honrado: “¿La reina de Castilla? Mi reino es sólo él”.

París, otoño de 2020